

EDITA: ENTIDAD PÚBLICA EMPRESARIAL PARA LA INFORMACIÓN DE TERUEL
 Presidente: ANTONIO ARRUFAT GASCÓN
 Director: JUAN JOSÉ FRANCISCO VALERO
 Avda. Sagunto, 27 - 44002 TERUEL
 Redacción: Teléfono: 978 617 086 Fax: 978 600 682
 Admón/Publicidad: Teléfono: 978 617 087 Fax: 978 604 702
 Avda. de Aragón, 5-3°C - 44600 ALCANIZ
 Teléfono: 978 870 386 Fax: 978 832 515
 Depósito Legal, TE-2-1961

REDACTORA JEFE: ALICIA ROYO MARCO
 JEFA SECCIÓN LOCAL TERUEL: Eva Ron Ron
 REDACCIÓN: Joaquín Ferrer, Mariano J. Esteban, Francisco J. Millán, Pedro Pérez, Isabel Muñoz, M^a. Cruz Aguilar, Miguel Á. Artigas, Pilar Fuertes
 JEFE ADMINISTRACIÓN Y PERSONAL: RICARDO AZNAR BAREA
 COORDINADORA PUBLICIDAD: ISABEL RAMÍREZ
 COMERCIAL: Fernando Martínez

ADMINISTRACIÓN: M^a. Jesús Muñoz
 DISTRIBUCIÓN Y SUSCRIPCIONES: Pablo García y Javier Civera
 SECRETARÍA: Pilar Muñoz
 FOTOGRAFÍA: Ismael Ramón
 DELEGADA ALCANIZ / BAJO ARAGÓN: MARIBEL SANCHO TIMONEDA
 REDACCIÓN BAJO ARAGÓN: Marcos Navarro

PUBLICIDAD BAJO ARAGÓN: Marta Astudillo
 JEFE AUTOEDICIÓN: JUAN MANUEL ESCUÍN
 DISEÑO Y MAQUETACIÓN: Raúl Martín, Begoña Plumed y Emilio Belenguer
 EDICIÓN DIGITAL: Fernando Olmo y José Luis Górriz
 JEFE IMPRESIÓN: MIGUEL SÁNCHEZ
 IMPRESIÓN: Carlos Zayas, Manuel Lázaro, Basilio Cosa y Fernando Marqués

TRIBUNA ABIERTA



JOSÉ GIMÉNEZ CORBATÓN *

Katyn y la memoria histórica

Es admirable que el director polaco Andrzej Wajda haya realizado su filme *Katyn* a los ochenta y un años, en 2007. Es menos admirable que dicho filme se haya estrenado en España con dos años de retraso, sin ninguna explicación por parte de los distribuidores. *Katyn* narra el exterminio (tiro en la cabeza, fosas comunes) de 21.857 oficiales y suboficiales del ejército polaco, llevado a cabo por los comunistas soviéticos a partir del 5 de marzo de 1940. Sólo 448 militares terminaron amnistiados cuando Hitler invadió la Unión Soviética. Los alemanes descubrieron las fosas, buena parte de ellas en el bosque de Katyn, las filmaron, y responsabilizaron a los rusos de la terrible masacre. Más tarde, fueron los soviéticos los que hicieron creer que habían sido los alemanes los autores de las ejecuciones.

La película de Wajda se abre con una escena escalofriante. Un grupo de civiles polacos (ancianos, mujeres, niños) se dispone a cruzar un puente huyendo de los alemanes que invaden una parte del país. En medio del paso se encuentran con otra masa de polacos semejantes que huyen del lado contrario, escapando de los soviéticos. Polonia ha dejado de existir y sus gentes se encuentran en tierra de nadie, en medio de una corriente imparable. Sólo resta a los invasores repartirse su ejército para acabar con él. Eran los efectos, no precisamente colaterales, del pacto Ribbentrop-Molotov.

Wajda es un director que empezó a dirigir a finales de los años cincuenta y que ha destacado por la calidad de sus películas de tema político. Aún recuerdo el pase de *Cenizas y diamantes* en algún cine-club universitario de los primeros años setenta, en aquel caso con más de una docena de años de retraso. *Katyn* se cierra con la puesta en imágenes de la maquinaria asesina de la policía de Estado soviética, la temible NKVD. La mayor parte de los oficiales ejecutados eran condenados previamente por tribunales de extrema urgencia que expedían, sin ni siquiera contar con la comparecencia de las víctimas, un certificado de culpabilidad que conllevaba la aplicación del castigo máximo, la pena de muerte por fusilamiento. De inmediato los condenados eran conducidos desde los campos de reclusión hasta el bosque donde se habían practicado las fosas.

Ni siquiera se les fusilaba: el tiro en la nuca era suficiente, al borde mismo del terraplén.

Que los alemanes hicieran públicos los lugares donde los 21.857 militares fueron sepultados permitió que se conociera la razón por la que la práctica totalidad de un ejército desapareció del mapa sin que, de entrada, se supiera cómo tal misterio había podido acontecer. Mostrar las fosas fue la chispa que desembocaría en el descubrimiento de la verdad. Viendo *Katyn* no pude dejar de pensar en las fosas que ahora se están abriendo a lo largo de la geografía española,



contribuyendo a desenmascarar los crímenes cometidos por ambos bandos. Tengo presentes los acontecimientos que estas últimas semanas han vuelto a saltar a la prensa, con motivo de indagar la ubicación precisa en la que se ocultan los restos de casi cincuenta combatientes republicanos fusilados por sus propios mandos en las cercanías de Rubielos de Mora, aunque la mayoría de las fosas que ahora se están descubriendo encierran a víctimas de los franquistas. Pero hay algo que a muchos nos conmueve y nos turba en esos desenterramientos: es el hecho de que, en la mayoría de los casos, los cadáveres de los reos acaben siendo trasladados a cementerios oficiales y vueltos a enterrar, a menudo con el arropamiento de un rito religioso que, quizá en algunos casos, las víctimas no habrían deseado. Ya recordé hace tiempo en este mismo *Diario*, a propósito de las voces que abogan por la repatriación desde Collioure de los despojos de Antonio Machado, que estaba de acuerdo con Miguel de Unamuno cuando opinaba que los muertos son de donde

caen. Comparto el dolor, los sentimientos, la dignidad de las familias de las víctimas de una represión salvaje e injusta. Pero creo que, una vez identificados los restos, valdría más dejarlos donde están, como prueba cierta, perenne, de la ignominia y de la vergüenza, y colocar una placa que informe de su presencia, al tiempo que les sirva de homenaje.

Por otra parte, creo más en la certeza de los documentos que en la agitación de los restos humanos a la hora de conocer la historia. En España es posible que ya se puedan analizar los huesos de García Lorca, pero al mismo tiempo es un país en el que se pretende enjuiciar a Baltasar Garzón precisamente por tratarse de un magistrado que defiende el desentrañamiento de la historia. Y se pretende enjuiciar a Garzón en un país en el que no se ha exigido a ningún protagonista, cómplice o verdugo de la dictadura franquista que rinda cuentas por sus actuaciones, como se ha hecho y se sigue haciendo con los responsables de algunas dictaduras latinoamericanas.

Creo en la certeza de los documentos, y la prueba de lo que digo me la ofrece la historia que tuvo lugar en el bosque de Katyn. Lluís Basets recordaba hace poco en el diario *El País* ("Katyn sin Auschwitz", 22 de octubre de 2009), que el exterminio de la oficialidad polaca lo propuso, mediante una carta a Stalin, Lavrenti Pávlovich Beria, a la sazón autoridad máxima de la NKVD, miembro del Politburó del PCUS y del Consejo supremo de la defensa nacional. Esa carta, calificada de ultrasecreta, durmió en los archivos del PCUS incluso durante la época de Gorbachov, quien siguió desoyendo las peticiones polacas para sacarla a la luz. Moscú admitió oficialmente su responsabilidad en el crimen en 1988, y se disculpó dos años después; fue Yeltsin quien desenterró por fin el documento en diciembre de 1991. Beria, por cierto, había sido ejecutado a su vez, víctima de una depuración interna, tras un proceso secreto, en 1953. Donde las dan, las toman. Ese documento, celosamente guardado por los mismos compañeros políticos de quienes desencadenaron la masacre, viene a impedir definitivamente cualquier *revisión* de los hechos.

No son pues las tumbas ni los huesos de las víctimas los que pueden hablar con más claridad, sino los documentos. Su hallazgo, en todo caso, denota la presencia del crimen, pero no su autoría. Y los historiadores saben que quedan en España muchos archivos, en particular militares, que aún no han sido plenamente investigados y expuestos a la luz.

* Escritor

CARTAS AL DIRECTOR

Carta a un inocente

Esta carta te la escribo a ti, Ricardo. Soy un vecino de la Comarca Gúdar-Javalambre, una persona que siempre ha creído en tu inocencia, no como te ha ocurrido con la mayoría de la gente que siempre había estado a tu lado y que tú creías eran tus amigos, que desde el primer momento han dudado de ti y te han juzgado sin ningún tipo de pruebas.

Qué amargura y qué impotencia más grande debiste sufrir cuando te encerraron en un calabozo y te negaron la posibilidad de acudir al entierro de tu padre; por no saber no sabías si lo habían enterrado. Solamente pido que por unos instantes se pongan en tu piel.

Es muy fácil llamar amigo a la per-

sona que en todo momento está dispuesto a ayudarte, echarte una mano, acompañarte... pero qué triste es para ese amigo verse en la situación tan difícil en la que te has encontrado y ver cómo todas esas personas a las que creías amigos, durante el año y diecinueve días que estuviste en prisión no fuesen capaces de ir un día a visitarte ni tan siquiera pudieran escribirte una carta de ánimo y, cuando saliste, algunos ni te hablaron.

Qué triste es vivir con la pena y la carga que has llevado, y encima levantarte por la mañana y descubrir que durante la noche ha habido personas que no tenían sueño y se han dedicado a escribir anónimos, a hacer pintadas en tu fachada o en lugares donde sabían que mucha gente los vería.

Qué fácil es juzgar sin saber, sólo

por lo que nos cuentan, y si podemos añadir un poco, mejor, hasta que la bola se hace tan grande que no se puede ni creer.

A toda esa gente quiero decirles que el juicio que se ha celebrado ha sido público. ¿Por qué no han ido para poder escuchar otra opinión de lo que pudo ocurrir y así poder entender?

Me alegro de haber creído en tu inocencia y de haber apoyado a la familia, ya que debe ser muy duro encontrarse solo.

Y ten por seguro que el mayor apoyo y justicia te lo han mandado tus padres desde el cielo.

Gilberto Doñate Fuertes
 La Puebla de Valverde (Teruel)

Domingo, 8 de noviembre de 2009

AZAFRÁN: AROMA Y POESÍA (y III)



FRANCISCO LÁZARO POLO*

Nostalgia del paraíso de la infancia

Ya casi en nuestros días, en la poesía más reciente, se intensifica el aroma del azafrán. Lo podemos comprobar en la poesía del cordobés, **Antonio Rodríguez Jiménez**, cuando este contempla, en uno de sus poemas, un zoco, situado en una plaza de Marrakech, en Marruecos. En ese espacio prodigioso es posible encontrarse con un viejo con los ojos ciegos de cannabis que vende hierbas mágicas en medio de un morboso caos:

“Allí las alfombras volaban, los alacranes se retorcián inquietos y atrapados en tarros de cristal junto a los azafranes, mirras, cuarzos y líquidos vendidos como elixires exquisitos para atrapar las voluntades en lámparas de bronce y en perfumadores de nácar”.

Coterránea de Rodríguez Jiménez es **Rosa Díaz**, una poeta sevillana, que también cultiva el periodismo. Esta mujer ha recopilado en su libro *La palabra vivida* toda su poesía. Uno de sus poemas alude al azafrán, como especia, cuyo aroma invita a la nostalgia del paraíso de la infancia. Se titula de forma gastronómica: *Arroz con gambas*. Y en él el aroma poético resulta inconfundible:

“Ese olor que ahora mismo entra por la ventana, exactamente era el olor que había en la antecocina de la casa los días que la abuela guisaba arroz con gambas. No sé si era el laurel o el azafrán en rama o el sofrito amoroso que sin prisa majaba el mortero. No sé pero es una punzada este olor, paraíso perdido que me habla como habla el membrillo, la canela y, en el mes de los muertos, las castañas.”

Blanca Andreu fue una voz joven que revolucionó el panorama poético de los años ochenta del siglo pasado. Uno de los poemas de esta poeta gallega, amante del surrealismo, se titula *En la India (Loto)*. Y en él, el azafrán posee voz propia:

“-¿Quién eres tú, misteriosa paloma vegetal de las aguas perfumada estrella viviente? -Cuando alza el azafrán como un monarca su morada corona y hace brillar su pistilo escarlata del color de unos labios diciendo: “cosechadme””

Otra mujer, también de la poesía moderna, pero ferviente admiradora de los poetas de la Antigüedad grecorromana, la andaluza **Aurora Luque**, construye un poema de inconfundible sabor clasicista, como atestigua ya su virgiliano título: *A modo de geórgica*. Y en él concita al azafrán:

“Qué veladuras húmedas se abrazan a la luz. Cambian de voz el río y el silencio, los barrancos desnudos, los grillos indecisos: una promesa tenue de letargos en ánimas y ecos. Y los frutos intentan abrigarse a sí mismos con máscaras solares: pistilos de azafrán, maíz, membrillos. Fermenta, se acrisola la savia de la tierra en los frutos tendidos en oscuras despensas. Ese fuego precario de almendras y de pan se ramifica por las calles más grises.

La especia también llega hasta la letra de algunos textos de los cantautores contemporáneos; que son también textos poéticos. Así el popular **Joaquín Sabina** canta *Yo también sé jugarle la boca*, una canción en la que el azafrán conlleva un colorido paradisiaco:

“Compartimos la misma toalla, distintos sudores,

todavía quedan islas con playas color azafrán.

Fui su medio limón, su chérie, su peor latín lover, su lección de español, su desliz, su comme ci, su comme ça “.

Y para terminar esta diacronía poética del aroma del azafrán, nos referiremos a los poetas del terruño, a esos que cantaron y se inspiraron a orillas del Jiloca. De aromas de rosas hablan los poetas del Monreal: **José María Catalán de Ocón** y su hija **Clotilde**, la **Hija del Gabriel**; **Lucas A. Yuste Moreno**, **Ana Fuertes** y **Vicente Benedicto Hernández**. Este último recrea y rememora, en unos versos, su experiencia azafranera, aquel verdadero milagro que acontecía, en su vida, cada mañana de otoño en la que nacía esa rosa del azafrán, de cárdena dulzura:

“Y, toda la campiña, sueña.../exhala fortuna pensando que mañana/otra rosa como tú verá la luz/y un nuevo arco iris de sonrisas/coronará la nueva autora.”

Ana Fuertes, en *Abandono la tierra*, habla del camino a Ítaca:

“El camino a Ítaca ha empezado. En él voy encontrándome palabras, Azafranes, espejos y miradas”

Hasta el cierzo, el aquilón, contiene una marca de azafrán que contagia e impregna todo aquello que toca en la Comarca del Jiloca. Es el mismo viento frío que protagoniza el inicio de la contemporánea novela de **Pacomio Sebastián**, *Cuando las lágrimas se helaban en Teruel*, ambientada en la guerra civil:

“Era el cierzo frío, aullador de colinas y cementerios que se refugiaba en el campanario de las ermitas batiendo impiadosamente sus bronces, el mismo cierzo que hinchaba los pechos aragoneses y encendía sus rostros impregnándose para siempre su huella azafranada”.

Cierzos y azafranes forman parte de la iconografía de las canciones populares, llamadas así por haber sido inventadas e interpretadas por el pueblo, una casta que se mueve en el contexto de una economía agraria en la que el azafrán constituye un medio de subsistencia vital. Sirva de testimonio esta jota:

“Cuando más goza un baturro es cuando mata el cochino, la remolacha bien cara y sí el zafrán ha subido”.

Muchas son las coplas dedicadas al azafrán que se cantan en la Comarca del Jiloca. Algunas las ha recogido **Rosa Pellicer**. Emparentan naturaleza y mujer. Tal es el caso de la siguiente:

“La rosa del azafrán florece una vez al año. Y tú siempre está florida En invierno y en verano” O de esta otra:

“La rosa del azafrán si no se coge se pasa. Así te pasará a ti Si tus padres no te casan”.

En otras ocasiones “coger el azafrán” adquiere ciertas connotaciones eróticas:

“ Cuando vas de mañanita a coger el azafrán, quisiera ser la rosada para poderte besar”.

Y todavía es más hermosa la jota que cantan desde hace más de un siglo en Cella, la jota de las “esbrinadoras”, dedicada a esas mujeres que llegaban cada año desde diferentes lugares- Sierra de Albarracín, pueblos de Castilla...- a los pueblos del Jiloca en los que se cultivaba la rosa del azafrán. Llegaban en calidad de obreras, para ayudar en los trabajos de la recolección y del “esbrine”. Es una jota impregnada de sentimiento:

“Moza que de mañana Y muy temprano, Vas a coger la rosa Y el viento frío

Huela tus manos, Que las esbrinadoras De Cella entonan Este cantar.

Con aroma de las flores, Con aroma de las flores, Que se cría el azafrán, Perfumarán los altares De la Virgen del Pilar, De la Virgen del Pilar, Con aroma de las flores.

El que tenga una viña Junto a un azafrán No necesita cesta Para vendimiar, Que las esbrinadoras Cuando al campo van, De racimo en racimo Las vendimiarán.

Y es famosa, asimismo, la que tanto cautiva a los monrealeseros, por cantarla por esas tierras de Monreal:

“Hay una flor en el campo que le hace brillar el alba. Cinco galanes la cogen, se la llevan a su casa. La ponen sobre una mesa; entre ellos la despedazan. La queman a fuego lento y la dama ya descansa. Se la llevan a las Indias para remedio de España”.

Por su parte otro poeta, natural de Griegos, **Gregorio A. Gómez Domingo**, en su libro *Un lugar para el amor*, publicado en 2002, también da cabida al azafrán. Lo hace en dos romances. Uno titulado “La muerte del jotero”, una elegía por Peribáñez, jotero monrealero, por el que lloran las cuerdas de la guitarra, las hojas de los chopos y la campana gorda de la torre del pueblo natal del jotero. Las viejas se santiguan; las mañanas se ponen luto; los pájaros guardan silencio. Pero el poeta también manda:

“Que las flores del zafrán vistan color de tormento y el Jiloca -flor y azúcar- en Cella desde su lecho lleve sus aguas amargas por las lágrimas del suelo.”

Del mismo modo, en otro romance, titulado *Calamocha* Gregorio A. piropea a esta villa:

“Morada flor de azafrán que abrió al rocío su boca, tempranera levantó la que ayer se fue de ronda...”

Y del azafrán habla **Benedicto Lorenzo**, de Blancas, componente del famoso grupo de poetas zaragozanos del Niké que destacaron en los años cincuenta. Para Lorenzo los campos son un mar de flores violeta en la fría madrugada que deben domarlo las mozas. Después el desbrine, en una mesa en la que los silencios y los diálogos sabiamente se entremezclan. Y por la tarde, tras montones de rojos brines salen las esbrinadoras al baile: “ Se despiertan las guitarras/ se despe rezan las piernas/y en un singular instante/el ámbito se hace fiesta.”

El poeta de Caminreal, **Adelino Gómez Latorre** canta coplas recogidas en un apéndice de *Nuevas estampas baturras*, obra de 1973: “Ya se han vestido de rosa/las calles de Caminreal./Son las mocicas que vienen de coger el azafrán”. Mocicas que tienen sirvientes, dispuestos a entrete nerlas, como aquel el jardinero de *Rabindranaz Tagore*, un personaje siempre dispuesto a entrete ner a la reina en sus días de ocio. Precisamente uno de sus cometidos consistía en renovar con aceite fragante la lámpara que arde a la cabecera del lecho de su señora; otro, en decorar su escabel con pasta de sándalo y azafrán en maravillosos dibujos.

*Profesor de Lengua y Literatura

TRIBUNA ABIERTA



ANTONIO LOSANTOS *

Pruneda: vigencia y olvido

A menudo pienso en esto que voy a decir aquí. De hecho, ya lo vengo diciendo, en otro tono, en mis faldones diarios, o al menos lo he insinuado. El domingo pasado, coincidiendo con el segundo centenario del nacimiento de Víctor Pruneda, José Ramón Villanueva, que no sólo es el experto, sino además, si se me permite, el exégeta, dedicó aquí una Tribuna a la figura y la vigencia de Pruneda. Me sumo a la conmemoración.

Respecto a lo primero —la figura— me permitirá una breve reflexión. Me sigue asombrando el desconocimiento general sobre el irrepitible político republicano, a pesar del esfuerzo que Villanueva y otros —entre los que sin modestia me incluyo— han llevado a cabo en estos últimos años. Por detrás de la Guerra Civil, el pasado despierta en nuestro tiempo, y no sólo en Teruel, un interés más relacionado con el espectáculo que con el conocimiento. Para hacedores de recreaciones, estoy seguro de que la vida de Pruneda hubiera sido tan propicia como la de comandantes, amantes y campeadores. Sin embargo, aunque Pruneda sufrió destierros y comandó defensas y padeció desgarrs sentimentales, la losa que sobre él echó el franquismo apenas si se ha movido. En lo que a su figura respecta, dejo constancia de que Teruel sigue siendo tan franquista como de costumbre, con ese franquismo sociológico, latente, inconfesable y duradero.

Se alegrará con razón que al menos Pruneda recuperó una calle. Bueno, algo es algo. El “Víctor” de la placa de esa calle, que es la de mi instituto, ni siquiera lleva tilde, pero hay calle. Contra lo que opina mi amigo Serafín Aldecoa, no creo que la de Pruneda sea una calle cualquiera —y menos ahora, que es de Pruneda—, aunque no tenga el empaque que podía haber tenido la vieja plaza de la Marquesa, tan ligada a la figura de Pruneda —y no desaprovecharé la oportunidad de señalar de qué manera pervive en ese espacio urbano el mentado franquismo sociológico—, o la plaza del Ayuntamiento, que al fin y al cabo fue Pruneda nuestro primer alcalde elegido por sufragio popular y el solemne edificio consistorial obra promovida por él. Pero el antiguo Camino de la Estación, con ecos del ferrocarril que Pruneda soñó y la ubicación actual del instituto en el que terminaron depositados sus diarios, no es un lugar despreciable, y en su humildad pertenece al callejero tanto como cualquier otro. Confío en que el propio Pruneda, acostumbrado como nadie a los sinsabores, se dé por satisfecho.

La vigencia de Víctor Pruneda, de sus ideas y de su acción política, es harina de otro costal. A veces he discutido esto con José Ramón Villa-

nueva: el ejemplo de los hombres públicos sufre un desgaste inevitable con el paso de las épocas, pues los contextos cambian. Ocurre además con Pruneda que, al tratarse de alguien tan adelantado a su tiempo, la erosión ya la fue sufriendo en vida, así que sus propios e incontables contratiempos forman parte de la brillante estela de su personalidad. La entereza con la que se enfrentó a las adversidades resulta sin duda ejemplar; como quizá también lo sea su pensamiento republicano federal. No obstante, cuando reflexiono sobre la vigencia de ambas facetas reconozco que me sumo en la incertidumbre.



Antiguo monumento a los Mártires de la Libertad, en la Plaza de la Marquesa. Derrribado tras la Guerra Civil, constituía hasta la fecha el homenaje más notable a Pruneda

prácticamente un ideal platónico al que nuestros actuales representantes debieran emular, máxime si les corresponde servir a Teruel. Me temo, ay, que en esa voluntad se termina la vigencia de Pruneda; porque, ciertamente, quienes ahora están en su sitio no parecen esforzarse en la imitación del ejemplo: ni la actividad política se ejer-

Seré breve. En su artículo de la efeméride, José Ramón Villanueva sistematiza con claridad esa vigencia: Pruneda es, primero, un ejemplo para la actividad política, “tan denostada en la actualidad”; Pruneda es, además, un ejemplo de patriotismo, pero no rancio, sino integrador; Pruneda es, en fin, un ejemplo de entrega a Teruel, tierra a la que “unió para siempre su destino”. Pruneda, en su vida pública —sobre la otra prefiero no entretenerme aquí—, es

ce con el respeto indesmayable a los principios demostrado por el ferrolano, ni en España el patriotismo es tal —José Ramón Villanueva desea un “armonioso engarce territorial”, pero creo que nuestro tiempo es más bien propenso al célebre y enconado “federalismo asimétrico”—, ni Teruel, en fin, puede presumir ahora de alguien como Pruneda. Cuando todo se compra y se vende, se diría que más bien vamos por el camino contrario.

Me gustaría firmar, en suma, las palabras de José Ramón Villanueva, pero tengo la sospecha de que describen lo que deberíamos ser, no lo que somos. Y todavía me hunde más en la desazón que la tibieza del legado de Pruneda vaya acompañada de otro factor pernicioso: se trata de una herencia mal repartida, como trataré de explicar ahora. Ocurre con Pruneda, sin que él tenga la culpa, lo mismo que con el republicanismo: mientras de una manera activa sólo lo suscriba un sector de la población, minoritario además, estamos arreglados. Si a Pruneda —y, en este caso, a la República— sólo lo reivindica una parte de la izquierda, habrá olvido para rato. No es que yo piense que el sueño republicano sea prioritario, ni urgente, ni inapelable. Es más, pienso, de acuerdo con un bellissimo artículo de Rafael Torres que leí en un libro colectivo titulado precisamente *Republicanism*, que no por mucho alardear es uno más republicano. “Los valores republicanos”, dice Torres, “no nacieron de lo que establecen dogmáticamente coranes o biblias, si siquiera de lo que establecieron los grandes pares del republicanismo, sino de la convicción moral y de la coordinación impecable entre lo que se dice, se piensa y se hace”. La cita me devuelve a Pruneda, a su singular coherencia.

Pero más allá del ideal dilapidado, considero que si sólo la izquierda —o, peor, una parte de la misma— se toma la molestia de volver los ojos a Pruneda, escaso futuro tiene su memoria. Si esa república soñada se hiciera realidad, mucho me temo que no seguiría el ejemplo de Pruneda, sino la mera adaptación al poder. Como siempre. Igual que los paganos de Alejandría se convierten al cristianismo no por convicción, sino porque los tiempos cambian (no me convenció *Ágora*, pero sí esta lección), quienes ahora lo ignoran o lo repudian, abrazarían el nombre de Pruneda. Y eso no me gustaría, apreciado José Ramón, ateneístas, secretos prunedistas dondequiera que estéis. Hay un mandamiento no escrito que reza: “no tomarás el nombre de Pruneda en vano.”

*Antonio Losantos. Profesor del IES «Vega del Turia» y columnista de DIARIO DE TERUEL

A PALO SECO

EVARISTO TORRES

Tradiciones

En Arabia Saudí por cualquier chorrada te meten en la cárcel y te inflan a hostias. Azotes lo llaman. Pero no un simple zurriagazo, que con ser una barbaridad, es uno sólo. Estos no se andan con chiquitas a la hora de arrear candela. Un ciudadano Saudí ha sido condenado a cinco años de prisión y mil latigazos por contar sus fantasmadas sexuales en una televisión. No es que apruebe la fantochada de este Dinio árabe pero, joder, por muy tontolculo que se sea, no hay derecho a que quieran amortizar la compra del látigo con una sola persona. Y las mujeres aun lo tienen peor. Por cualquier quítame allá esas pajas, las emprenden a “zaborrazos”. Lapidación, hablando en fino. Matar a pedra-

das. Pero como los jeques que mandan en esas “democracias” tienen petrodólares a porrillo, se pasan por sus pétreas partes todos los derechos humanos y tiran la piedra sin esconder la mano. Manifestaciones culturales y tradiciones se llama eso. Al igual que nosotros ensartamos toros con espadas, puntillas y banderillas, por tradición, a otros les da por rebanar clítoris, domar a latigazos y apedrear a las personas, también por tradición. Somos un país que respeta todas las tradiciones y cuando los jeques vienen a España, los llamamos primos y hermanos y los abrazamos con mucha ternura y mucho cariño. ¿Hay algo más grande que las tradiciones? No. Hacen mal los pueblos que renuncian a su identidad cultural. Como la India que persigue a las mul-

titudes enardecidas que exigen a la mujer que pierde a su marido que se arroje a la pira funeraria de su querido esposo. Una hermosa tradición que arranca de la diosa Sati que se inmoló por amor a su esposo Shiva. Y aquellas magníficas voces de los castrati o capones, emasculados aplastándoles los huevos para que nos emocionaran con la ternura de su voz de niño. Llenaban de luz y de amor con sus cantos las celebraciones litúrgicas y los guateques de los papas. Todas esas ricas tradiciones se han ido al garete por culpa de unos ignorantes que no saben respetar las nobles costumbres de los pueblos. Solamente unos pocos, como nuestros primos que mandan en Arabia Saudí, han sabido conservarlas. Desde la Edad de Piedra.